

CRISTO, PRESENTE EN LA EUCARISTÍA

Ante la próxima celebración solemne del Corpus Christi, quisiera, queridos amigos, escribiros algunas letras sobre la Eucaristía y la presencia real y verdadera, aunque misteriosa, bajo las especies de pan y de vino, de Cristo en la vida de nuestras comunidades cristianas y para el desarrollo y crecimiento de nuestra vida cristiana personal.

1. Algunos comportamientos en nuestras parroquias.

Esta reflexión está motivada por la cantidad de interrogantes que me formulo, cuando observo ciertos comportamientos en nuestras iglesias: El gran número de personas que visitan las imágenes que tenemos en nuestros templos y, después de hacer el recorrido por las distintas capillas de las imágenes de Cristo, la Virgen y los Santos, no reparan en la presencia del Sagrario, cuya lamparita encendida junto a él, nos indica la presencia real y misteriosa del Señor, y pasan por su delantera como si allí no hubiese nada ni nadie. Por otra parte, la gran afluencia de fieles en las celebraciones de entierros, funerales, etc., que se acercan a recibir la Sagrada Comunión, en muchos casos, sin confesión previa de los pecados, convencidos de que eso se puede hacer sin la necesidad de confesar, al menos, los pecados mortales –algunos argumentan que ellos se confiesan con Dios-. Además se está perdiendo la conciencia del cumplimiento dominical, es decir, la no asistencia a la Misa del Domingo (*Dies Domini*), el Día del Señor, dato que se puede comprobar en la poca asistencia de los cristianos, sin que ello plantee la necesidad de confesar, antes de acercarse a comulgar. Es más, muchas de estas visitas a nuestros templos se producen dentro del horario de la celebración de la Misa, interrumpiendo la misma y distrayendo a los que la celebran sin el más mínimo reparo y respeto de lo que allí, en ese momento, se realiza.

No creo que, en general, sea fruto de la mala fe, sí de una gran falta de formación cristiana, por la que, al parecer, tampoco hay demasiado interés, pues hay muchas cosas que nos entretienen en la sociedad en que vivimos.

Junto a ello, constatamos la relativización de la moral y la falta de sentido del pecado, así como la poca conciencia de formar una comunidad cristiana y de pertenencia a la familia de la Iglesia por la que, desde sus comienzos, se ha distinguido a los cristianos.

2. La vida de los primeros cristianos.

En los Hechos de los Apóstoles se nos dice: *“Los que habían sido bautizados perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y*

en las oraciones. Todos estaban impresionados, porque eran muchos los prodigios y señales realizados por los apóstoles. Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común. Vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos, según las necesidades de cada uno” (2, 42-45). Formaban una comunidad que iba creciendo a medida que la gente, por la predicación de los apóstoles, creía en Jesús y se bautizaban, formando parte de aquel grupo de seguidores de Cristo que “tenían un mismo pensar y un mismo sentir” (cf. Hech. 4, 32).

3. Institución de la Eucaristía

Tendríamos que preguntarnos: ¿De dónde arranca la Eucaristía? ¿Por qué tienen aquellos primeros cristianos la necesidad de reunirse y celebrar la “fracción del pan”?

San Pablo es el primero que nos dice en la 1ª carta a los Corintios: *Por lo que a mí toca, del Señor recibí la tradición que os he transmitido, a saber, que Jesús, el Señor, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, después de dar gracias, lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo entregado por vosotros; haced esto en memoria mía. Igualmente, después de cenar, tomó el cáliz y dijo: Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; cuantas veces bebáis de él, hacedlo en memoria mía”* (11, 23-25). También los evangelistas sinópticos (Lucas, 22, 14-20; Marcos, 14, 22-25 y Mateo, 26, 26-29) nos narran la institución de la Eucaristía, acaecida en la víspera de la muerte de Jesús en la cruz.

La cena pascual judía adquiere en estos relatos un nuevo significado, al convertirse en un anuncio de la muerte de Jesucristo, que tendrá lugar al día siguiente, y que será el comienzo de la Nueva Alianza, sellada con su sangre derramada en la cruz para el perdón de los pecados, y cuya sangre recuerda la Alianza Antigua en la que también la sangre de animales sacrificados selló la Alianza de Dios con su pueblo (Ex. 24, 4-8).

La cena de Jesús con sus discípulos nos habla, más que de un verdadero banquete pascual, de un ambiente pascual. Aquí no hay alusión alguna al cordero que ocupaba el centro de aquella comida; en la última cena el acento recae en los gestos y en las palabras de Jesús: “Él es el verdadero cordero que quita el pecado del mundo”. Por eso, la institución de la Eucaristía representa el culmen de toda la vida de Jesús, una vida entera vivida y entregada a favor de los hombres..

“En aquella cena, Jesús tomó pan, pronunció la bendición, lo partió, se lo dio y dijo: Tomad, esto es mi cuerpo. Tomó luego la copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y bebieron todos de ella. Y les dijo: Esta es mi sangre, la sangre de la alianza, que se derrama por todos” (Mc. 14, 22-24). En el pan y el vino, que Jesús da a los discípulos, está la máxima prueba del amor de Jesús, es decir, la entrega de toda su vida como don. En aquel contexto,

san Juan, el discípulo amado, nos dice: *“Era la víspera de la fiesta de la pascua, Jesús sabía que le había llegado la hora de dejar este mundo para ir al Padre. Y él, que había amado a los suyos que estaban en el mundo, llevó su amor hasta el fin”* (13, 1).

También el concilio Vaticano II nos dice: *“Nuestro Salvador, en la última cena, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz, y a confiar así a su Esposa, La Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se recibe como alimento a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de gloria venidera”* (S.C. 47).

El mismo san Pablo nos recuerda el mandato que Jesús dio a sus discípulos en la última cena: *“Haced esto en memoria mía”* (1ª Cor. 11, 24 y 25); un mandamiento de repetir sus gestos y sus palabras *“hasta que vuelva”* (cf. v. 26). Esto supone, no sólo acordarse de lo que hizo y dijo Jesús, sino que requiere la celebración litúrgica por los apóstoles y sus sucesores del *memorial* de Cristo y de su intercesión junto al Padre (CCE. 1341).

Desde entonces y hasta nuestros días se ha celebrado la Eucaristía sin interrupción, sobre todo, “el primer día de la semana”, es decir, el domingo (*Dies Domini*), el día de la resurrección de Jesús, cuando los cristianos se reunían para *“partir el pan”* (*Eucaristía*) (Hech. 20, 7).

Ya, hacia el año 155, san Justino mártir escribía al emperador pagano Antonino Pío, explicándole lo que hacían los cristianos en sus asambleas: *“El día que se llama día del sol tiene lugar la reunión en un mismo sitio de todos los que habitan en la ciudad o en el campo. Se leen las memorias de los apóstoles y los escritos de los profetas, tanto tiempo como es posible. Cuando el lector ha terminado, el que preside toma la palabra para incitar y exhortar a la imitación de tan bellas cosas. Luego nos levantamos todos juntos y oramos por nosotros ... y por todos los demás donde quiera que estén, a fin de que seamos hallados justos en nuestra vida y nuestras acciones y seamos fieles a los mandamientos para alcanzar así la salvación eterna.*

Cuando termina esta oración nos besamos unos a otros. Luego se lleva al que preside a los hermanos pan y una copa de agua y de vino mezclados. El presidente los toma y eleva alabanza y gloria al Padre del universo, por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo y da gracias (en griego: eucharistian) largamente porque hayamos sido juzgados dignos de estos dones.

Cuando el que preside ha hecho la acción de gracias y el pueblo ha respondido, los que entre nosotros se llaman diáconos distribuyen a todos los que están presentes pan y vino “eucaristizados” y los llevan a los ausentes (S. Justino, I Apol. cap. 65; 67; CCE. 1345).

El pan y el vino mezclado con agua “*eucaristizados*”, que dice san Justino, no es otra cosa que ese pan y vino consagrados en la Misa, y que se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Los textos de san Ignacio de Antioquia, san Ireneo, Cirilo de Alejandría, Orígenes, san Ambrosio y san Juan Crisóstomo testifican un vigoroso realismo de ese cambio (*metabolé o transformación*) del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, así como del carácter sacrificial de la eucaristía en cuanto *memoria* objetiva y eficaz del sacrificio de Cristo. El pan y el vino son para ellos figura o signo de algo verdaderamente presente e invisible que es el Cuerpo real de Cristo, existiendo una identidad entre el signo y lo significado real y verdaderamente.

El concilio de Trento llama a ese cambio, que se opera en la Consagración, *transustanciación*: el pan y el vino se convierten en la Misa, por la acción transformadora de Dios, la efusión del Espíritu Santo y las palabras y los gestos del sacerdote en la consagración, en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, real y verdaderamente presente, mereciendo el culto de *latría* o adoración (D. 1643-1644), y exige para los que comulgan no solamente la fe, sino también estar limpios de pecado (D.1646-1647. 1661), por lo que es imprescindible para poder comulgar, haber confesado los pecados, al menos graves, en el sacramento de la Penitencia (o confesión).

4. La Iglesia siempre ha celebrado la Eucaristía.

La Iglesia, que a través de todos los tiempos celebra este *memorial* que Jesús mandó realizar a los discípulos, no lo hace como un simple recuerdo psicológico del pasado, ni sólo actualiza su eficacia salvadora, sino que lo realiza sacramentalmente (con las palabras y los signos) de modo eficaz por la promesa de Cristo y mediante el ministerio de la Iglesia. Todo lo que supone el sacrificio histórico de la cruz de Cristo se hace presente y se actualiza, de manera incruenta, en la celebración eucarística. Por eso, la Misa, que celebra la Iglesia, no reitera, completa y se suma al sacrificio de Cristo, sino que es verdadero sacrificio sin ser “otro” distinto del de la Cruz.

En esa celebración eucarística, que realiza la Iglesia, se hace presente el Cristo entero: cuerpo, alma y divinidad, en todas y en cada una de las partes de las especies (pan y vino) consagradas. Por eso, cuando, después de rezar la oración del Señor y de la “fracción del pan”, recibimos la comunión en la Misa, comemos “el pan del cielo” y bebemos “el cáliz de la salvación, el Cuerpo y la Sangre de Cristo que se entregó “para la vida del mundo” (Jn. 6, 51). Nadie puede tomar parte en él si no cree de verdad, si no ha recibido el baño para el perdón de los pecados y el nuevo nacimiento, y si no vive según los preceptos de Cristo (CCE. 1355).

5. Solemnidad del Corpus Christi

Espero, con estas letras, haber ayudado a comprender la importancia de la Misa, y, en especial, la Misa del Domingo; así como iluminar la grandiosidad que celebramos el día del Corpus Christi en el que, después de celebrar el *memorial del Señor*, ese mismo Cristo resucitado, presente real y verdaderamente entre nosotros y que hemos comulgado, debidamente preparados, es el mismo Cristo que camina entre nosotros por las calles de nuestro pueblo en la procesión.

No se trata de una presencia distinta que no sintamos en la Misa que celebramos; su amor y su presencia son las mismas, pero la solemnidad, el respeto y el cariño con que lo celebramos, adornando nuestras calles y engalanando las fachadas, la alegría y los cantos con que le acompañamos no pueden ser otra cosa que nuestra correspondencia amorosa a tanto amor con el que Él dio su vida por nosotros y, ahora, nosotros tendremos que vivir como Él vivió, cumpliendo su mandamiento: *“Amaos los unos a los otros. Como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros”* (Jn. 13, 34).

Este amor, el amor de Jesús es el que se tiene que realizar ahora en todas nuestras relaciones humanas que han de distinguirse, no por otra cosa, que por el amor que tengamos a los demás y, de forma muy especial, a los más empobrecidos de nuestra sociedad y nuestro ambiente. ¡Alabado sea Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar! ¡Sea por siempre bendito y alabado!

Francisco León García
Párroco de Santa Marta